

DOLOMITAS

Heridas rocosas de la Gran Guerra

VÍAS FERRATAS Y SENDEROS ATRAVIESAN UNA CORDILLERA QUE FUE UN CAMPO DE BATALLA ENCARNIZADO ENTRE ITALIANOS Y AUSTRIACOS

Texto de JORDI FERRANDO

Las espectaculares estructuras verticales de las Dolomitas, con forma de torre, dan al macizo italiano un aspecto impenetrable. En la imagen, el refugio Locatelli, estratégicamente situado ante las Tre Cime di Lavaredo.



© JORDI FERRANDO

Desde 1915, las Dolomitas se convirtieron en uno de los frentes más cruentos de la Gran Guerra, donde lucharon italianos y austríacos. Aún hoy es posible encontrar restos de aquella contienda, como trincheras y armas en la Cima Grappa, al sur de la cordillera, o los escalones de madera que facilitaban el camino a los soldados, como éstos en Bacherntal.

Cuenta la leyenda que en el mágico reino de los enanos, el rey Laurino cultivaba un magnífico jardín de rosas rojas que, cuando florecían, llenaban de color el árido paisaje del macizo Rosengarten (“jardín de rosas” en alemán). El príncipe Latemar, curioso por ver este extraordinario vergel, se adentró en el reino de Laurino y descubrió no sólo la belleza de sus flores, sino también la de la hija del rey, Ladina, de la que se enamoró y a la que secuestró. Laurino, enfurecido con las rosas porque habían revelado al extranjero su más preciado tesoro, invocó una maldición para que, ni de día ni de noche, el jardín floreciera. Pero se olvidó del atardecer...



En las Dolomitas, cuando el sol se desliza hacia el horizonte y los últimos rayos de luz adquieren una cálida tonalidad, la naturaleza ofrece un espectáculo sin paragon: es la *enrosadira*, palabra autóctona que significa “convertirse en rojo”. Y es

precisamente eso lo que les sucede a estas montañas: no se trata de la típica puesta de sol de color anaranjado, sino más bien es un rojo intenso que en algunas ocasiones incluso vira hacia el violeta.

Desgraciadamente, a principios del siglo xx otro rojo, el de la sangre, tiñó de tragedia no sólo las Dolomitas, sino también buena parte de Europa. Durante la Primera Guerra Mundial, la frontera entre el reino de Italia y el Imperio austro-húngaro —dos de las potencias en conflicto— pasaba precisamente por estas montañas, las cuales sufrieron, literalmente en lo más profundo de su ser, los caprichos de los hombres. Túneles, trincheras y minas desgarraron las entrañas de la roca, dejando heridas que el tiempo no ha cerrado.

Al final de la contienda, las posiciones del frente bélico se abandonaron, cayendo en un olvido que tenía más bien sabor de vergüenza. Pero en los últimos años, una intensa labor de restauración, en la que han participado los ejércitos de los países que casi un siglo atrás combatieron en estas montañas, ha convertido los restos de la Gran Guerra en un inmenso museo a cielo abierto. En algunas trincheras se han dispuesto incluso restos de armamento y material recuperado en las excavaciones. La visita de estos lugares no sólo supone una forma interesante de adentrarse en las Dolomitas, sino que ayuda a comprender las duras condiciones en las que vivieron los soldados.



El autor...

Jordi Ferrando es alpinista y fotógrafo. Se enamoró de las Dolomitas la primera vez que las visitó y desde entonces las ha recorrido, horizontal y verticalmente, en multitud de ocasiones. Dirige cursos de fotografía de montaña para el Club Alpino Italiano.



© PIRCHOTO



© FROFOTO

Una muralla construida por una raza de gigantes, eso es lo que semejan las Dolomitas en la distancia. Sobre todo cuando se observa el Rosengarten, o Catinaccio, el "jardín de las rosas", muy cerca de Bolzano. En las últimas horas del día adquiere el tono rojizo que justifica su poético nombre. A la derecha, soldados italianos durante la Gran Guerra.



Sin lugar a dudas, el mejor punto de partida para empezar el recorrido es Cortina d'Ampezzo. Esta cosmopolita localidad, junto con San Martino di Castrozza y Madonna di Campiglio, ha sabido evitar el éxodo rural y se ha convertido en un centro turístico de primer orden. Llegar a Cortina, no importa desde qué valle, significa entrar en el corazón de las Dolomitas y admirar, de un solo vistazo, algunos de sus más importantes grupos montañosos: Cristallo, Tofane, Sorapiss... La belleza de la zona es tal, que parece como si las trincheras hubiesen sido colocadas para admirar el paisaje, en vez de para controlar al enemigo.

Muchos de los recorridos orientados a visitar el antiguo frente bélico se pueden realizar con una breve excursión de un par de horas o incluso en pocos minutos desde el aparcamiento. El más panorámico se encuentra en la zona de las Cinque Torri, un grupo de cinco espectaculares monolitos de piedra (de ahí su nombre) situados en una verde ladera con vistas a todo el valle de Ampezzo. El itinerario más insólito es seguramente el que se

adentra en los túneles del monte Lagazuoi. Casco y linterna se pueden alquilar antes de sumergirse en un viaje en el tiempo, pero si se quiere aumentar la intensidad de la experiencia no hay más que organizar la excursión coincidiendo con el día (entre finales de agosto y principios de septiembre) en que una multitud de apasionados de la historia viviente, vestidos con uniformes de época, se reúne allí para invadir durante toda una jornada las trincheras, galerías y barracas restauradas.

Paisajes después de la batalla

Los viejos y austeros barracones de los soldados contrastan con los modernos y cómodos refugios de montaña, verdaderos oasis de lujo para el excursionista necesitado de reposo. Dotados de un excelente servicio, sobre todo gastronómico, y de una situación como mínimo envidiable, estos edi-

ficios invitan al caminante a hacer una pausa para saborear con calma la esencia de las Dolomitas.

Quizás uno de los más frecuentados, y con razón, sea el refugio Locatelli. Situado frente a las míticas Tre Cime di Lavaredo, la postal por excelencia de la región, esta construcción ha sabido conservar el sabor de antaño sin por ello descuidar las nuevas exigencias turísticas. Sentarse en su porche de madera, con un té caliente en la mano, y contemplar esta famosa tríada de montañas hace olvidar que justo por este punto pasaba la línea divisoria de los ejércitos. Es más, desde ese refugio parte uno de los itinerarios que atraviesa el vecino monte Paterno de norte a sur. Éste no es un recorrido fácil, porque muchos de los pasajes son verticales. Tanto, que en su tiempo las tropas tuvieron que equiparlos con escaleras de madera y barandillas. Hoy esas ayudas han sido sustituidas por »

Desde Cortina d'Ampezzo, la belleza de la zona es tal, que parece como si las trincheras hubiesen sido colocadas allí para admirar las Dolomitas y no para controlar al enemigo



© JACK BRAUER / GRAN ANGUIAR

Con sus seis kilómetros de longitud, el de Mesdi es el más espectacular de los valles del macizo del Sella. Sus fuertes pendientes, que descienden 1.250 m hasta la población de Colfosco, y su posición aislada han hecho de él uno de los lugares más frecuentados por los amantes del esquí de montaña. Aquí encuentran la posibilidad de poner en práctica su destreza técnica.



Hasta el año 1919, la región de Tirol del Sur, flanqueada por las Dolomitas, perteneció a Austria. Aún hoy, el alemán sigue siendo la lengua hablada por buena parte de las gentes que viven en sus pueblos, como el de Santa Maddalena. A la derecha, una encrucijada en el valle de Ampezzano.

© FOTOTECA 9 X 12



» escalones de hierro y cables metálicos, dando lugar a la vía ferrata De Luca-Innerkofler.

Aunque no se trate de escalada pura y dura, no hay que subestimar este tipo de rutas, ya que en algunos casos la exposición al vacío puede poner en dificultad a los montañeros no avezados en este tipo de aventuras. Un claro ejemplo es la ferrata Ivano Dibona al Cristalino, cuyo puente colgante, de veinte metros de longitud, exige coraje y ausencia total de vértigo. Esta larga vía sigue fielmente la línea de posiciones italianas de 1917, y da una clara idea de qué tipo de peligros, además de las balas, debían afrontar los combatientes.

A través de las vías ferratas

En contra de lo que mucha gente cree, las ferratas existían ya antes del inicio de la contienda. Es más, el primero de estos itinerarios, trazado en la región austríaca de Glossglockner, data de 1869. En las Dolomitas, el primer recorrido equipado de esta forma conduce a su cima más alta, la Marmolada, y fue realizado en 1903. La Regina (la "reina"), como a menudo se conoce esta montaña, se convirtió durante la guerra en un objetivo estratégico, como lo prueba que el ejército austríaco construyó en el interior de su glaciar ocho kilómetros de galerías (¡que llegaban hasta cuarenta metros de profundidad!), barracones para los soldados, almacenes y espacio para los cañones.

En la actualidad, de esa absurda e inútil obra de ingeniería ya no queda nada, pero no por ello la visita al macizo es menos interesante. Un funicular conduce a la Punta Rocca, una cima secun-

daria desde la que se goza de la mejor visión de conjunto de las Dolomitas: 5.000 km² de cumbres, valles y collados divididos en más de cincuenta grupos montañosos, entre principales y secundarios. Un mirador aún más privilegiado se encuentra en la cima principal, a 3.344 metros de altitud, donde un pequeño refugio permite a los montañeros esperar el mágico momento de la puesta de sol y sus encendidos colores...

Paradójicamente, durante el día las paredes presentan un color claro, que va desde el amarillo pálido al gris ceniza, pasando por una amplia variedad de ocres. De hecho, las Dolomitas se conocieron desde siempre como *Monti Pallidi*, y fue sólo a partir del siglo XVIII que adquirieron su nombre actual. Cambió en honor del geólogo francés Dieudonné de Dolomieu, quien en 1788 descubrió la especial composición de la roca de la región, a la que bautizó con el nombre de "dolomía". En realidad, no todos los macizos de esta parte de los Alpes poseen la misma geología. En muchos casos predomina el citado mineral, pero

Una ruta para descubrir las Dolomitas

■ Para tener un primer contacto con las Dolomitas, una de las mejores rutas es la que lleva de Ortisei hasta Sesto, en la zona norte de la cordillera. De setenta kilómetros de longitud y una duración de siete días, transita por senderos generalmente de poca dificultad, aunque existen algunos tramos algo peligrosos que hacen que la aventura esté servida. Desde zonas ladinas como Val Gardena y Val Badia, la ruta atraviesa las anchas praderas del Prato Piazza y accede a las vistas del Tre Cime di Lavaredo, uno de los lugares más hermosos de las Dolomitas.

© PHOTONOSTOP

Tres poblaciones para descubrir el macizo

La explotación turística de las Dolomitas genera problemas en el entorno natural

Madonna di Campiglio, situada a 1.550 metros de altura en la cuenca que forman las Dolomitas de Brenta y los glaciares del Adamello y de la Presanella, debe su forma actual al empresario Giambattista Righi. En 1868, Righi adquirió, por la cantidad de 40.000 florines, la totalidad del decrepito monasterio de Santa María de Campiglio, convirtiéndolo en el primer hotel para turistas de montaña. Poco más tarde, en 1875, emprendió la construcción de una carretera hacia Madonna. Incomprendido en su época, el padre de la Campiglio moderna murió a la temprana edad de 52 años.

Otro visionario, Franz Joseph Oesterreicher, tomó en 1882 las riendas de la situación. Se murmuraba de él que era el hijo ilegítimo del emperador de Austria y, cierto o no, la verdad es que desde entonces la nobleza centroeuropea llegó (y enriqueció) Madonna di Campiglio.

A principios del siglo xx cambió la procedencia de los visitantes: al final de la Primera Guerra Mundial, la frontera con Austria se trasladó más al norte y fueron los italianos los que acudieron a este pequeño enclave. Se inició la pasión por el esquí, y Madonna se preparó para ofrecer todos los servicios necesarios. Campeonatos de varios tipos encontraron aquí el escenario ideal. Tanto, que la población recibió el apelativo de "Madonna Bianca".

Tras la Segunda Guerra Mundial, las actividades renacieron con fervor. En las décadas de 1960 y 1970 llegó el auge económico, pero también el desastre urbanístico.

Con el nuevo milenio se reorganizó la viabilidad para limitar el tráfico en el histórico centro urbano. Con estas medidas se espera que el ambiente recupere de nuevo las cualidades de un aire que el emperador austríaco definió como "pura y deliciosamente sano".

Cortina d'Ampezzo siempre ha gozado de privilegios, empezando por su magnífica posición geográfica, en el corazón de las Dolomitas Orientales. Rica y bien comunicada, su potencia (y por tanto su autonomía) era debida a los inmensos bosques que la circundaban, explotados principalmente para fabricar las naves de la Serenissima Repubblica di Venezia. La invasión de los alemanes en 1518 no cambió mucho las cosas, y Cortina siguió gozando de una posición de prestigio también bajo el Imperio austro-húngaro. En la segunda mitad del siglo

xix, el ayuntamiento invirtió sus riquezas en la modernización de la localidad y de sus estructuras turísticas. Su soleada posición en medio de las montañas era la envidia de todo el imperio, y ya se la comparaba con la elitista Saint Moritz.

La Primera Guerra Mundial lo cambió todo: la zona se convirtió en teatro de sangrientas batallas. Terminadas las hostilidades, la población se despertó propiedad del estado italiano, palabras que poco después serían sinónimos de fascismo. Precisamente, fueron los miembros del gobierno los turistas más importantes del período de entreguerras. Hoy, la ciudad recibe mi-



Aunque italiana, Cortina d'Ampezzo mantiene en sus calles y edificios cierto aire austríaco.

les de visitantes cada año, los cuales provocan interminables atascos de tráfico en la poco preparada red viaria local.

San Martino di Castrozza, contrariamente a sus gemelas, posee un origen humilde. No fue la nobleza quien descubrió este rincón de las Dolomitas Occidentales, sino los viajeros ingleses. El Pale di San Martino, el extenso grupo que domina la población, no cuenta con cimas fáciles ni valles encantados, y por tanto la cantidad de turistas que llegaban al lugar era poca. Como en el resto de las Dolomitas, la Gran Guerra significó el desastre. Para San Martino lo peor fue la retirada del ejército austríaco, que incendió todos los edificios, a excepción de la iglesia.

La década de 1920 señaló la recuperación de las visitas, pero sin llegar a los niveles de antaño. A diferencia de Madonna y Cortina, Castrozza ha respetado su entorno y, aparte de la estación de esquí del Passo Rolle, la invasión del territorio ha sido moderada.

Además de paraíso para esquiadores y senderistas, las Dolomitas son un museo al aire libre, en el que puede estudiarse la Primera Guerra Mundial. Los vestigios de la contienda se hacen visibles en prácticamente todos los caminos, restaurados para mantener viva la memoria.



en otros lo hace el calcáreo y en un número mayor es una mezcla de ambos. Incluso existen cimas de puro granito o de origen basáltico. Lo que sí es cierto es que la presencia de dolomía, además de conferir al atardecer ese cromatismo tan especial, caracteriza fuertemente el aspecto de los grupos montañosos: formas cuadradas (de torre, a veces como agujas); grandes fisuras; fajas horizontales en las paredes; muchos detritos, y rocas sueltas.

El descubrimiento de la cordillera

Son muchos los extranjeros que han dejado testimonio de la belleza de las Dolomitas. Los ingleses Josiah Gilbert y George Cheetham Churchill viajaron en 1861 a esta parte del norte de Italia (entonces perteneciente al Imperio austro-húngaro), y publicaron tres años más tarde el famoso *Las montañas Dolomitas*. En 1862, el pionero alemán del alpinismo Paul Grohmann, con su diario de viaje *Caminatas por las Dolomitas*, descubrió al mundo un nuevo paraíso donde escalar. Para el público estadounidense, en 1879 Amelia Barbara Edwards escribió *Untradden peaks and unfrequented valleys* y en francés se publicó en 1884 *A través del Tirolo*, de Jules Gourdault. Estos textos contribuyeron a la fama de las Dolomitas, que recibieron visitas de personajes como la emperatriz Sissi, el escritor Franz Kafka y el compositor Gustav Mahler, por citar sólo algunos nombres famosos.

Probablemente a muchos de ellos les habría gustado tener la oportunidad de contemplar el atardecer desde la cumbre de la Marmolada. Poco a poco, las puntas de los macizos circundantes se iluminan como tocados por un resplandor interior, y pronto se hace difícil decidir cuál es la vista más espectacular. Quizá, por dimensión y posición, el ganador sea el grupo del Sella.

Este macizo es el centro de cinco valles habitados por la comunidad ladina, originaria de la zona. Compuesta por no más de 35.000 personas, esta minoría posee costumbres, folclor e idioma propios, aunque desde 1918, con la asignación de los territorios dolomíticos a Italia, los ladinos se van extinguiendo lenta, pero inexorablemente. Cada vez es más raro ver a gente ataviada con los trajes tradicionales o escuchar el habla local, considerada erróneamente una variante del italiano.

Varias y complicadas son las causas de esta involución, pero todas se pueden resumir en una: la falta de interés por parte del estado italiano en ayudar a esta minoría. Durante la Primera Guerra Mundial ya fueron, con diferencia, el grupo más castigado de la población, y sería un contrasentido permitir la desaparición de una cultura que forma parte de esta tierra y que fuera de la cual no puede sobrevivir. Una cultura que ha definido perfectamente, con una sola palabra, toda la belleza de las Dolomitas: *enrosadira*... ✕

El macizo del Sella es el centro de la comunidad ladina, una minoría con costumbres, folclor e idioma propios, aunque en franco retroceso por el desinterés del estado italiano